

NÚCLEO CARISMÁTICO Y ESTILO DE VIDA

H. Josefa Pastor Miralles, cmt

*Yo, joven, amaba con todas mis fuerzas,
porque la ley de la naturaleza me impulsaba con ímpetu irresistible.
¿Qué amaba yo? ¿Quién era la cosa amada? (MR 719).*

*Yo miraba a Cristo, sabiduría increada y cabeza de la Iglesia,
le miraba con los ojos de la fe,
miraba sus relaciones con la Iglesia,
miraba su belleza, ella misma (MR 725).*

Dios y el prójimo, o sea, la Iglesia católica, se me apareció tan bella como una divinidad (MR 720).

*Yo soy Jesús, cabeza de mi cuerpo, que es la Iglesia;
yo soy Jesús en la Iglesia y con la Iglesia yo soy cabeza con cuerpo;
y se te da todo, cabeza y cuerpo, toda la Iglesia se da a ti.
_ ¿Tú eres la Iglesia?
_ Yo y la Iglesia somos dos en uno como el cuerpo y la cabeza;
y esa unidad es la que se te da, y
esa unidad es tu amada y tu amante (MR 843).*

*La imagen de Dios es una sola en todo el cuerpo de bienaventurados
y una misma en cada uno de ellos,
porque en todos están los caracteres que la constituyen:
«Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra» (MR 976).*

*[La Iglesia y sus amantes]
los dos son el espejo donde mira Dios Trino y Uno su imagen
y se complace en ella (MR 976).*

*Quedé tan cambiado y tan nuevo
que su presencia renovó alma y cuerpo (MR 725).*

Jesús crucificado en su cuerpo moral es el objeto de toda la solicitud y cuidado del alma (Carta 41,2).

*Mírale en este cuerpo que es su Iglesia,
llagado y crucificado, indigente, perseguido, despreciado y burlado.
Y, bajo esta consideración, ofrécete a cuidarle
y prestarle aquellos servicios que estén en tu mano (Carta 42,2).*

*La Iglesia es el cuerpo moral y místico de Jesús,
y este cuerpo es el objeto de nuestro amor y de nuestras vistas [miradas].
Y en esto todos somos uno
y nos unimos a una misma cosa (Carta 67,4).*

NÚCLEO CARISMÁTICO

Misterio trinitario y persona humana en la Iglesia, misterio de comunión, nuclea la experiencia de Francisco Palau: profundización del misterio del ser humano y de la Iglesia, misterio de unidad y comunión.

- Iglesia, belleza infinita y plan de Dios sobre la humanidad en la historia.
- Iglesia, realidad viva por la acción del Espíritu.
- Iglesia, comunidad de prójimos, pueblo en camino, bienaventurados destinados a la felicidad.
- Iglesia, cuerpo de Cristo con relaciones entre sí y con su cabeza.
- Iglesia, sujeto de amor y felicidad eterna (imagen viva de Dios) y objeto de entrega y servicio (prójimos marginados, heridos, necesitados...).

IDENTIDAD DESDE LA EXPERIENCIA PALAUTIANA Y LOS ORÍGENES

- Las CMT somos concebidas y nacemos como institución religiosa (Ciudadela, 1861) fruto de la experiencia eclesial de Francisco de Jesús María José Palau Quer, ocd., (Aitona 1811+ Tarragona 1872). Institución de terciarios de la Virgen del Carmen y Santa Teresa de Jesús de la congregación de España de carmelitas descalzos (varones y mujeres) con legislación común, hasta 1880 en que la rama femenina fue canónicamente erigida por primera vez como congregación religiosa diocesana con *Estatutos* propios y superiora general (Tarragona 1880).
- Las CMT nacimos reconocidas y afiliadas a la familia del Carmelo Teresiano (Alcalá de Henares 1863?; Roma, 1867). Desde Francisco Palau nos enraizamos en la pasión profética de Elías, heredamos la espiritualidad teresiano-sanjuanista, nos alimentamos de la riqueza espiritual de los santos del Carmelo y participamos comprometidamente en la pastoral de la espiritualidad desde la eclesialidad palautiana: *edificación de la Iglesia en la historia como «la obra de Dios»: Tu acción individual está refundida en la misión de la Orden religiosa a que perteneces. Y la acción tuya, como hijo de los Profetas, está confundida con la situación que yo tengo sobre la tierra. De aquí es que se revuelven dentro de tu espíritu estos tres objetos: tu individualidad [carisma de fundador], tu Religión [Carmelo Descalzo], y yo que soy la Iglesia [persona amada]: una cosa va ligada con otra (MR 950).*
- Las CMT en el seguimiento de Jesús nos definimos congregación eclesial y, por ello mismo, misionera. Esta concepción configura nuestra vocación *como Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia*, que se mira en María, Virgen y Madre, su modelo y la figura más acabada y perfecta de disponibilidad al plan de Dios.
- Las CMT vivimos la ley del amor grabada en el corazón humano y la ley divina como ley evangélica encarnada en el amor al prójimo: *Tú salvando a los demás te salvarás a ti (MR 921).*

- Las CMT tenemos nuestra razón de ser y actuar en el Cristo místico, Dios y los próximos. Esta unidad es el fundamento del carisma palautiano que en Cristo contempla recapituladas todas las cosas del cielo y de la tierra (cf. Ef 1,10; Col 1,15-20).
- Las CMT hacemos de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión* en fidelidad al proyecto de Dios y a las expectativas profundas del mundo (*Novo millenio ineunte*, 43).
- Las CMT ejercitamos *la mirada del corazón* sobre el prójimo, rostro humano, templo de la Trinidad, contemplando, valorando, acogiendo y sirviendo a la persona en su máxima dignidad de *imagen viva de Dios*.

ESPIRITUALIDAD: ESTILO DE SER Y HACER

- Las CMT existimos para ser signo, memoria y profecía de *la belleza de la Iglesia*, «*la obra de Dios*».
- Las CMT anunciamos la belleza de la Iglesia ante todo como *misterio de unidad en comunión de relaciones* (misterio trinitario).
- Las CMT meditamos y contemplamos a Jesús presente y misteriosamente visible en *la comunidad de prójimos*, que es su Iglesia.
- Las CMT vivimos el sentido y valor eclesial de la comunidad en estilo fraterno y de hermandad, «*unión de fraternidad*», fundada sobre la caridad, carisma sobre todos los carismas (cultura de la comunión y apertura de la solidaridad del “*todo en común*”).
- Las CMT servimos a los hermanos, prestando especial atención a sus necesidades haciendo opción incondicional por la persona (individuo y sociedad en la visión palautiana) y en lugares y campos donde las necesidades sean reales y patentes (relectura de la actuación de F. Palau en frontera y periferia).

EN NUESTRA HISTORIA: PRIMERAS GENERACIONES Y GENERACIÓN PUENTE

- Se requiere discernimiento agradecido, equilibrado y sereno de las diversas etapas por las que ha atravesado nuestra congregación en la vivencia y conocimiento del carisma palautiano. También de las circunstancias históricas que la han constreñido y colocado en situaciones de refundación, incluso de recomenzar de cero en orden a posibilidades de orden interno y externo. Es necesario este estudio para entender, para valorar y agradecer, para enjuiciar y calibrar, para tamizar esencial y adicional, carisma y accidentes, “lo que afecta a la sustancia” y lo que es fruto de una época o de unas situaciones y circunstancias...Labor indispensable en proceso de refundación.
- El estudio de nuestra historia congregacional nos ayuda a descubrir el heroísmo y santidad de las primeras generaciones que nos han precedido, sus esfuerzos y sus fallos, su amor ferviente al fundador, su incondicional vida de entrega, sacrificio y trabajo y a la vez su escaso conocimiento del carisma formulado, profundizado y desentrañado en su contenido eclesial y en su apertura como configurante de un instituto misionero con un estilo propio de vivir y hacer. A las primeras generaciones debemos nuestro estilo caracterizado por la sencillez y austeridad nunca por lo grandioso y competitivo, más atención a la persona que a la estructura...No en vano, nuestro fundador fue lento en lo organizativo y reiterativo en los intentos de transmisión del núcleo carismático, como se evidencia en su epistolario y en la facilidad con que modificaba los textos legislativos en aquello que respondía a

situaciones, circunstancias, necesidades de tiempo y lugar etc. Modélicos, en este sentido, son su mensaje y testimonio en la Escuela de la Virtud.

- Se abrieron nuestras hermanas a una pastoral vasta y varia que abarcó formas muy diversas, que contribuyeron a introducir y educar a la persona en la vida en el espíritu, promoción de la vida espiritual en el más amplio sentido de la palabra, labor y servicio que ayudara al ser humano a ser más persona: educación cristiana de párvulos y jóvenes en escuelas públicas y en colegios propios, vela de enfermos y difuntos, asistencia de enfermos a domicilio, escuela nocturna para obreras y personas sin posibilidad de acceso a la cultura, atención en centros de epidémicos, tuberculosos, alienados, colaboración y asistencia en seminarios y colegios menores, participación en la catequesis parroquial ... Sin plantearse la terminología las hermanas (ya lo hizo nuestro fundador) se movieron en el terreno de la enseñanza formal y no formal, participaron a su modo en la pastoral de la espiritualidad, pero lo hicieron priorizando el trabajo, el espíritu de sacrificio, sin sentido claro y definido de la misión y con una formación y preparación escasas, que acabaron pasando factura a la misma congregación cuando la energía juvenil ya no pudo suplir y disimular otras carencias.
- La historia nos da a conocer un número notable de CMT fallecidas con fama de santidad, no sólo nuestra querida h. Teresa Mira, modélicas en su vida de pobreza y audaces en su disponibilidad e iniciativas, pero también temerarias en su falta de preparación y formación humana, espiritual y teológica. La formación ha sido cuenta pendiente en la congregación desde los primeros orígenes en contraste con el interés sumo del fundador por preparar y titular a sus dirigidas una vez emprendido decididamente el campo educativo.
- El CMT, desde la muerte del fundador, conoció diversos momentos de refundación, unos por motivos internos, otros por las circunstancias históricas, incluso percibió la posibilidad de sucumbir. Siempre salió adelante. Hubo iniciativas, creatividad, riesgo y valentía, siempre amor al fundador y a la congregación, estímulos de reinicio y reactualización, no siempre con coincidencia de criterios y visión de futuro. Hubo tendencias a “conservar y subsistir” y lucha por “recrear y expandir”. Entre estos momentos, quizá los más graves y de consecuencias prolongadas fueron: la defección de primeras hermanas (1872-1890), la unión-desunión con nuestras hermanas CM (1925-1930) y el de la guerra civil española (1936-1940) y, con relación a América, algunos años de la II guerra mundial (1942-1945). Las dificultades, de no poca incidencia las de tipo económico, condujeron a opciones fundacionales que aseguraran la financiación y reconstrucción costosa y larga. Las solicitudes fueron numerosas y, en general, se optó por las que mejor garantizaran la subsistencia, de ahí el predominio en estos años de centros sanitarios, principalmente clínicas y centros del INP (Instituto Nacional de Previsión). Ello fue polarizando la congregación hacia dos campos, aunque no en exclusiva: colegios y clínicas.
- Pionera avanzada en la implantación en América, la congregación fue tardía en percibir la necesidad de descentralización y la concesión de competencias, necesarias por la distancia y los escasos medios de comunicación en el tiempo. Los reclamos de mayor apertura en América no hallaron el eco suficiente y el centralismo restó vitalidad y expansión misionera a una congregación que, ya desde tiempo, reclamaba en una de sus grandes parcelas la organización en provincia religiosa y que, en su radio de acción, había abrazado el campo de “los endemoniados” del padre Palau.. El fuerte de la empresa, por otra parte, fue obra de hermanas españolas, que reclamaban un reemplazo difícil de satisfacer por la escasez de personal, prolongándose situaciones de oficios y cargos, más allá de lo normal y constitucional. Esta situación restó avance misionero a la congregación, cuya presencia era reclamada en otros países americanos, como Paraguay (1940).

- De no poca trascendencia en este hacer entre prudente y temeroso fue la demasiada incumbencia e interferencia de la curia tarraconense, protectora de la congregación en gran manera, pero paralizadora de su desarrollo carismático y de maduro crecimiento. Dependencia que, en la práctica, creó una especie de duplicidad en el ejercicio de la autoridad en el proceso congregacional y en la formación inicial, acaparada por miembros de la curia tarraconense en España. Cánones y metros trasladados de alguna manera al noviciado de Santos Lugares, aunque allí había mayor participación de los OCD.
- La congregación tardó a tener cauces normales de comunicación intercongregacional. Hasta 1913 no se reunió en capítulo general. Este medio necesario quedó interrumpido y de 1919 a 1930 no se reunió capítulo. Lo mismo ocurrió de 1936 a 1947 con el agravante de que el capítulo general de 1936 lo fue sólo para precipitadas elecciones, que repitieron literalmente el anterior gobierno general. La prolongación de cargos más allá de lo estrictamente canónico (incluso del texto de Constituciones), con petición de rescriptos, nombramientos, reelecciones etc. se hizo habitual, por circunstancias internas y externas, ralentando el dinamismo congregacional y creando situaciones de conflicto (también en el seno del mismo gobierno general) y un modo centralizado de entender y ejercer la autoridad con escasa participación congregacional.

Gran esfuerzo y elogiosa iniciativa fue la creación de una revista congregacional *Rocío Carmelitano*, vínculo de información y comunicación entre las diversas casas y plataforma de lanzamiento de la figura del fundador Francisco Palau (1930-1933).
- Desde finales de los 40 y a partir de los años 50, la generación puente y una nueva y floreciente generación entró en periodo de refundación desde la celebración del capítulo general de 1947, retomando anhelos añejos congregacionales y volviendo a los más puros orígenes carmelitanos, debilitados en extremo en épocas pasadas y palpables en sus efectos actuales: puesta en práctica de acuerdos capitulares anteriores, traslado de los restos de nuestro fundador a la capilla de la casa madre, acercamiento eficaz a los OCD, renovación de miembros en el gobierno general (tímidos pasos hacia el elemento joven), intento de recuperación de iniciativas abortadas (postulantado y noviciado en Amorebieta), reanudación de *Rocío Carmelitano* con objetivos determinados (profundización en el conocimiento del fundador, comunicación y lazo de unión entre las comunidades, promoción de los colegios y de las vocaciones), reestructuración con expansión europea, americana y africana (respuesta a la llamada misionera de Pío XII y a los sentimientos de las hermanas, con referencia explícita en el cambio de nombre), esfuerzos en el campo de la formación (lentos y escasos)... El reclamo fundacional y la urgencia de expansión, entre otras condicionantes, dejó la formación como asignatura pendiente en la congregación; en la mayoría de los casos, la preparación profesional se hacía en forma precaria y contemporalizando con el desempeño de puestos de trabajo, que exigían la debida titulación.
- Los años 60, celebrado el centenario fundacional, introducen a la congregación en el concilio Vaticano II y sus iniciativas de renovación. Este tiempo y el inmediato postconciliar es ya conocido de la mayoría de las presentes. El balance y la proyección son ya temas directamente capitulares, tanto en reelaboración de los textos legislativos con clarificación de *esencial* y *cambiante* como en la pendiente y difícil reestructuración (casas y obras) y los criterios para llevarla adelante (de fondo, de formas y de posibilidades), también en la tímida aceptación de la antigua y reiterada petición de la división en provincias religiosas como camino de promoción congregacional y descentralización (delegaciones, de competencias y geográficas, provincias...)

EN NUESTRO HOY CONGREGACIONAL: SIGNO Y COMETIDO PROFÉTICO

- El CMT se encuentra en periodo de “refundación”, concentración en *lo esencial* para redescubrir y revitalizar el carisma, en sus raíces y en sus modalidades propias. En sentido palautiano sería abrirse al proyecto de Dios sobre el ser humano y sobre la propia familia congregacional: *Señor, ¿qué queréis de mí?*. Sería anunciar, sobre todo desde la vida y en diálogo y confronte con el evangelio de Jesús, el misterio de su esposa, la Iglesia, que para Palau es, en su realidad mística de unidad con Cristo, revelación de la verdad de toda persona humana en su más alta dignidad de *imagen viva de Dios, imagen viva de Iglesia*.
- El CMT aúna (unidad de vida) esta dimensión evangélica de anuncio con su forma específica de vivir la comunión y manifestarla como *misión* en forma y estilo de *fraternidad en vida común*. No en vano la consigna *todo en común porque sois familia* es punto irrenunciable en la espiritualidad y legislación palautianas.
- De ahí que, en este empeño refundacional, aparezca con fuerza el reclamo de calidez y calidad en la vida de comunidad, Iglesia, lugar y espacio de crecimiento, misión y ayuda mutua, que el signo de la fraternidad se perciba y palpe en los diversos momentos de la vida comunitaria orante y apostólica. Se perfila en las respuestas como gran desafío con directas implicaciones vocacionales. Es inevitable la necesaria revisión y discernimiento de *esencial* y *transitorio* también en los textos legislativos en cuanto afecta, sobre todo, a aspectos específicos que definen el estilo y la misión y otros contenidos que son irrealizables y obsoletos en la realidad actual congregacional, abocada por pura necesidad a comunidades pequeñas, a veces muy pequeñas, que nada tienen que ver con lo conventual. Atención particular merecen la vida misma de la comunidad, la celebración de la eucaristía en sus matices específicos palautianos y el discernimiento de nuestra vocación misionera (concepto y sentido de *misión* y *misiones*), que nuestra actual legislación duplica creando como una especie de dicotomía con repercusión en la identidad desde los primeros momentos de la formación inicial.

EN NUESTRAS CONSTITUCIONES: LO ESENCIAL

- Las CMT encarnamos y propagamos la vocación eclesial de Francisco Palau como estilo específico de seguir a Jesús en el amor y entrega a su Iglesia, comunidad de hermanos, y en fidelidad al magisterio del Papa y respectivos obispos, sucesores de Pedro y los apóstoles, comunidad apostólica.
- Nuestro tipo femenino más acabado y perfecto es María, Virgen del Carmen y patrona de la congregación, modelo de todas las virtudes y misionera consagrada enteramente al plan de felicidad de Dios sobre el ser humano: dimensión eclesial-misionera que da sentido al culto y actos de piedad mariana propios del Carmelo palautiano, según experiencia y doctrina de F. Palau.
- Nuestra vocación personal es a la vez convocación comunitaria en la Iglesia, misterio de comunión, para ser signo y realización de su presencia como comunidad sencilla, en estilo de fraternidad, espíritu de familia y proyección apostólica (orante y misionera).
- La Iglesia es casa y escuela de nuestra vida espiritual, inspiración y proyección de nuestro ser y hacer misionero

- El ideal de evangelización y pastoral de la espiritualidad anima toda nuestra vida consagrada, orante y misionera, en cada uno de los campos en que expresamos nuestro amor incondicional a la Iglesia, cuerpo de Cristo, en países de nueva implantación (misiones *ad gentes*) y en lugares de continuada enseñanza, educación cristiana, asistencia social y mundo de la salud.
- La Iglesia, Dios y los prójimos, avala la unidad de vida de la CMT y es a la vez fundamento de vida cristiana para cuantos aprenden y se alimentan (niños, jóvenes, adultos..) en el carisma y espiritualidad palautianas en lugares de primera implantación y en países de catequesis, enseñanza cristiana y nueva evangelización.
- La eucaristía es vivida sobre todo como misterio de presencia y comunión, que hace crecer y edifica la comunidad: Iglesia que hace la eucaristía y eucaristía que construye la Iglesia. Es nuestra oración y acción comunitaria por excelencia, fortalece la comunión, nos hace comunitariamente cada vez más esposa de Cristo y nos compromete en la misión de edificar, sanar, atender, las necesidades del cuerpo de Cristo.
- Como familia carmelita y teresiana vivimos la oración (talante orante y tiempos de oración), *trato de amistad a solas* con Jesús que nos ama. Y en la oración nos ofrecemos y disponemos, según consigna de nuestro fundador, para cuanto Dios proyecte sobre nosotras, comprometiéndonos a servirle en *su cuerpo místico crucificado*, curando sus llagas y salvando ignorancias y errores.
- Toda nuestra vida orante, fraterna y misionera está presidida por *la mirada* a María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, su figura más perfecta, que día a día nos estimula e impulsa al renovado compromiso de disponibilidad a una Iglesia, contemplada en la humanidad asumida por su hijo Jesús y servida en la comunidad de múltiples rostros, apostolado samaritano de cercanía para contribuir a la edificación de una sociedad cada vez más humana, pacífica y solidaria.